

conocer que bajo la capa de la religion era un enemigo declarado de Dios y de su Iglesia: no tuvieron ocasion de observar que mientras á unos daba ejemplo, escandalizaba á otras criaturas inocentes para hacerlas objeto de sus crímenes. Si todo esto hubiesen visto, en este caso no envidiarían su suerte, antes por el contrario llorarían, temiendo por su alma.

¿Y el hipócrita que se halla próximo á morir? ¡Ah! que sus remordientos son espantosos; antes de presentarse al juicio de Dios, tiene otro juez que le avisa, y pone delante de sus ojos su falsedad y malas obras: este juez es la conciencia; esa conciencia cuyos clamores desoyó; esa conciencia cuyos remordimientos despreció; esa conciencia que siendo compañera inseparable del hombre, presencia todos sus actos. ¡Ah! lleno de confusion conoce entonces que de nada le sirven las buenas obras que practicó, ni las limosnas que repartió, ni los rezos á que se entregó, y solo ve claramente sus maldades. Su misma conciencia le hace conocer lo imposible que le es engañar á Dios, y que se ha estado engañando á sí mismo: entonces vuélvese al Señor, y clama é implora su misericordia; ¿y oirá el Señor entonces las súplicas de aquel que siempre le llamó con los labios y nunca con el corazón? ¿Usará de misericordia con aquel cuya piedad fué tan falsa, y que solo se sirvió de su religion para procurarse honra entre los hombres? No seré yo ciertamente el que ponga límites á la misericordia de Dios: se que es infinita, y que todo pecador puede alcanzarla con verdadero arrepentimiento; pero ¡cuán difícil es que conciba un verdadero dolor de sus culpas aquel para quien la religion tan solo fué una máscara! ¡Cuán difícil que sienta los impulsos de la gracia el que siempre la despreció! El hipócrita, mis

hermanos, por lo comun concluye con una muerte desgraciada: no olvideis el ejemplo citado de Absalon, y procurad siempre unir á vuestras palabras los sentimientos de vuestros corazones; amad á Dios; adoradle en espíritu y verdad, y procurad su mayor honra, y de este modo sereis verdaderos devotos, y aceptando el Señor vuestras oraciones y sacrificios os colmará de bendiciones. Veamos ahora en que consiste la verdadera piedad.

SEGUNDA PARTE.

Cuando he hecho la anterior pintura del hipócrita, no ha sido mi ánimo haceros comprender que es falsa la piedad de aquel que mostrando religiosidad con sus palabras y aun obras exteriores, cae al mismo tiempo en pecados: ni tampoco he querido combatir la piedad exterior. Lejos de mí tales ideas: en primer lugar, el hombre, por piadoso que sea, no ha recibido el privilegio de ser impecable, y si desgraciadamente cae, para eso ha establecido el Señor el tribunal de la penitencia: y en segundo nada mas edificativo que el buen ejemplo á que todos nos hallamos obligados como cristianos; lo que yo he combatido, y deseo que en esto no haya tergiversaciones, es la falsa piedad, la piedad de aquellos que firmes y constantes en la maldad ó en el vicio, solo sirven á Dios con los labios: á estos es á los que el Señor llama hipócritas en el Evangelio de este día, estos son la imágen fiel de aquellos fariseos de quienes dijo Jesucristo: *populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.*

Consiste la verdadera piedad en que en el cumplimiento de nuestra ley caminen de acuerdo el co-

razon y las palabras y este es el modo de adorar á Dios en espíritu y en verdad. El hombre tiene en sí un conjunto de grandeza y miseria: como ha sido criado para el cielo, aspira á lo infinito; tiene un deseo innato de poseer la gloria: su miseria por otra parte y la debilidad de su naturaleza, le hace inclinár sus apetitos al mal. Este querer y no querer; esta lucha de la carne con el espíritu existe siempre en la criatura, y la oracion, la frecuencia de los Santos Sacramentos, los ayunos, la mortificacion de las pasiones y los frecuentes actos de piedad, son los medios por donde se consigue que el Señor aumente sus gracias, revestidos con la cual conseguimos sin duda alguna el triunfo por parte del espíritu. No obstante podreis caer en el pecado: no por esto creais que sois ya del número de los réprobos: lo sereis sí, toda vez que permaneciendo en el pecado, no lo lloreis y trateis de reconciliaros lo mas pronto posible por el Sacramento de la Penitencia, que no una sola vez se os ofrece, sino tantas cuantas veces tengais la desgracia de ofender á Dios por el pecado. ¡Oh misericordia y bondad de mi Dios! ¡Quién tuviera cien lenguas para con todas ellas bendecirte!

Vuestro estudio principal, hermanos míos, sea en adelante enlazar los deberes de la sociedad con los de la religion; ser cristianos sin ostentacion y sin jactancia; en vuestra piedad no haya nada de terreno: os llaman vuestros deberes á la Iglesia, acudid á ella con recogimiento y espíritu de piedad: debeis estar en el cumplimiento de vuestras obligaciones civiles, no las abandoneis por acudir al templo: tan piadosos sereis ante el altar con el rosario en la mano, como en el campo de batalla empuñando la espada en defensa

de vuestra patria si allí os llama el deber. ¿Deseais ser cumplidores de la ley divina? Cumplid tambien las civiles, pues que así os lo manda Dios. ¿Os complacéis en hacer una limosna? Pues no os entregueis por otro lado á la usura, porque matareis la buena obra. ¿Pedís á Dios que haga en vosotros su divina voluntad? Pues conformaos con ella, ora se os presente halagüeña la fortuna, ora os veais rodeados de la tribulacion. ¿Os gloriais de ser católicos? pues tomad á Jesucristo por modelo y arreglad todas vuestras obras á lo que este Divino Señor nos enseña con su ejemplo y doctrina. ¿No fué Jesucristo humilde hasta la muerte y muerte de cruz? Pues huid vosotros de la soberbia, de ese vicio funesto, origen de todos nuestros males. Aprended de mí, nos ha dicho el Salvador, que soy manso y humilde de corazon. Aprendamos, pues, y la caridad sea la norma de nuestras acciones todas: siendo humildes, miraremos en nuestros prójimos, hermanos nuestros, y no nos atreveremos á despreciarlos por una funesta soberbia. ¿No fué Jesucristo la suma pureza? Pues apartaos de todo lo que contamine vuestra alma, y procurad observar la pureza y castidad propia de vuestro estado. Procurad siempre guardar el corazon, teniendo presente lo que el Señor nos dice en el Evangelio de este dia: «Que del corazon salen los pensamientos malos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias, que son las cosas que ensucian al hombre (1).» Jesus amó la pobreza: no busqueis, pues, ni os fatigueis por encontrar esas rique-

(1) De corde enim exeunt cogitationes malæ homicidia, adulteria, fornicationes, furta, falsa testimonia, blasphemias. Hæc sunt quæ coinquinat hominem. Mat. cap. XV, v. 19 y 20.

zas cuya posesion es de cuatro dias. Procurad tan solo atesorar en el cielo, donde recibireis el premio de vuestras buenas obras. En suma, procurad practicar la caridad, y de este modo sereis aceptables á los ojos de Dios, no incurrireis en la perfidia de los hipócritas, y vuestra piedad será en este caso una piedad verdadera que os justificará.

El falso devoto, el hipócrita, no saca otra cosa que el aplauso momentáneo de aquellos que creen en su falsa piedad. ¿Y vale esto mas que el cielo? No os hagais ilusiones, hermanos míos; la felicidad no se halla en la tierra: si reflexionando con San Agustin entráis dentro de vosotros mismos, os asustará vuestra misma miseria: si buscáis la felicidad fuera de vosotros, todos los objetos os desesperarán. ¿Y qué consecuencia saca el santo doctor de esta reflexion? Que solo en Dios se halla la verdadera felicidad: que solo en Dios puede el hombre encontrar su verdadero reposo. La vida es transitoria: por esto debemos aspirar á la posesion de la vida que nunca acaba: nuestros pensamientos animados por la fé deben remontarse mas allá de las cosas del tiempo: nuestra esperanza debe fijarse en cosas grandes, en cosas inmortales: nuestra alma es muy grande y no puede satisfacerse con la pequeñez del tiempo: ved aquí porque aspira á la gloria, y la gloria se consigue por la caridad, por la verdadera piedad. El hipócrita no desea tanta felicidad: halagado por los aplausos del siglo, no piensa en las delicias celestiales y con la mayor tranquilidad escoge como medios para su condenacion los que para otros son medios de salvacion: las armas de la piedad que el verdadero cristiano empuña para abrirse el camino del cielo, sirven al hipócrita

ta para hacerse paso por las sendas de la perdicion.

Ved aquí, mis hermanos, las consecuencias de la falsa piedad: no creo que esteis tan destituidos de razon que queráis perderos para siempre: en el mundo hay dulzuras que no dejan sentir al pronto los males que las acompañan: rosas de buena vista y agradable olor ocultan las espinas con que dañan: los atractivos del mundo nos ofrecen felicidad pero es felicidad aparente: tambien nuestros primeros padres, creyeron ser mas felices que lo que eran comiendo de la fruta del árbol vedado. ¿Pero qué consiguieron? Su ruina y la de su posteridad ¡Ah! Imágen espresiva de lo que sucede al mundano, que allí donde cree encontrar su suerte halla su desgracia. Procuremos, pues, no tener mas aspiraciones que las del cielo: y para esto procuremos en adelante vivir como verdaderos cristianos practicando la piedad al modo que el Señor exige de nosotros: procuremos que haya una union íntima entre nuestras palabras y los sentimientos de nuestro corazon: huyamos de la falsa piedad de los hipócritas, y de este modo, no dirá Jesucristo de nosotros como de los fariseos: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me.* Antes por el contrario, complacido de nuestra verdadera piedad, dirá: «estos son mis verdaderos hijos que no se apartaron del cumplimiento de mi divina ley, y que siempre me adoraron en espíritu y verdad.» ¡Ah! ¡Qué felicidad mas inexplicable si nos hacemos acreedores á esta aceptacion por parte de nuestro Redentor!

Sea así, oh Dios de bondad: comunicadnos vuestra divina gracia, á fin de que, apartando de nuestros corazones todo lo que no se dirige á Vos, caminemos en adelante sin apartarnos de nuestros deberes religiosos,

para que haciéndonos dignos de la recompensa que habeis ofrecido á los que perseveren en las virtudes, tengamos la dicha de adoraros por toda la eternidad en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos. Amen.

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

Necesidad de la gracia para conseguir la salvacion, y modo con que el hombre debe corresponder á la gracia.

Dixit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum.

Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

Joan. cap. IV, v. 26.

El Evangelio de hoy es una demostracion palpable del modo como el Señor comunica su gracia á las criaturas, valiéndose de mil medios para evitar su perdicion. «Vino Jesus, nos dice el sagrado testo, á una ciudad de Samaria que se llama Sicchar, cerca del campo que dió Jacob á su hijo José. Allí estaba la fuente de Jacob. Fatigado, pues, Jesus del camino, se sentó sobre la fuente. Era como la hora de sexta. Como viniere, pues, una mujer á sacar agua, Jesus la dijo: Dame de beber. (Los discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer). La mujer que era samaritana